



El romanticismo.

El «descubrimiento» de nuestro siglo XIX coincide en gran medida con ese sensible proceso de radicalización ideológica en torno a la problemática social del tiempo en que vivimos. Si, como afirmaba Collingwood, «todo detalle del pasado es de alguna forma necesario para el existir del presente», la única metodología válida para el estudio del siglo XIX español sería aquella que nos lo ofreciese como germen directo e ineludible de las contradicciones vigentes en la España del siglo XX. No está de más recordar que casi todas las actuales dicotomías sociopolíticas —reacción contra progreso, radicalismo contra moderación, classicismo contra libertad de pensamiento...— tienen su origen en los problemas y situaciones que conmovieron el país desde 1812 hasta 1931.

Así lo ha entendido José Antonio Gómez Marín en su libro «Bandolerismo, santidad y otros temas españoles» (1), recopilación de varios reportajes sobre aspectos concretos del siglo XIX publicados con anterioridad en las páginas de esta revista. Gómez Marín ha comprendido igualmente el doble peligro que le acechaba: de una parte, «la dificultad

que supone popularizar temas generalmente reclusos en el marco de los estudios especializados, adaptándolos a un rasero común», y, de otra parte, el riesgo de «traspasar las lindes de una interpretación oficial del pasado proverbialmente estrecha e interesada». El primer peligro podía haberle conducido a una especie de simplificación superficial y convencional; el segundo, a una anecdótica asepsia. En ambos casos se corría el albur de transformar algunas situaciones específicas de nuestro siglo XIX en meros inventarios de semblanzas y chismes.

Sin embargo, José Antonio Gómez Marín ha sabido soslayar con inteligente habilidad sendos peligros. Y es que, a mi juicio, en sus reportajes pesa más el historiador que el periodista. O por decirlo de otro modo: Gómez Marín es un historiador metido a periodista. Los cinco temas españoles tratados en este libro —*Los bandoleros*, *Los españoles y sus santos* (asunto éste que desborda los límites del XIX y bucea en mayores profundidades cronológicas), *La revolución de Riego*, *La revolución del 68* y *Cómo se hace un rey de España: Amadeo de Saboya*— se prestaban, por las especialísimas características de sus protagonistas, a recalcar en un casuismo de tertulia y a olvidar que, detrás del trabuco de Diego Corrientes y de los estigmas de Sor Patrocinio,

existía una determinada estructura social, y que los heroísmos y las aberraciones individuales hubieran sido imposibles sin un previo trasfondo de aberración y heroísmo colectivo. Pues bien, esa capacidad para establecer con claridad las interrelaciones existentes entre la conducta global de un país y las actitudes públicas de sus personajes más representativos es la que define y valora a un historiador, y en este caso a José Antonio Gómez Marín.

El siglo XIX ha sido hasta hace poco un siglo perdido. Y Gómez Marín es uno de sus más sutiles rastreadores. ■ S. R. SAN-TERBAS.

El sociólogo, contra la crítica de la Sociología

Cuando en mayo del 68 se popularizó la inscripción: «Soyez realistes. Demandez l'impossible», se negaba que el mundo de lo «real» definido desde el poder y los intelectuales a su servicio fuera el único mundo posible. «La sociología de lo posible», de José María Maravall (Editorial Siglo XXI) es un libro cuyo título está tomado del primero de los ocho trabajos diferentes agrupados, en todos los cuales subyace el tema de la presencia de las ideologías en la actividad sociológica y la interpretación del autor respecto a la crítica a que esta «ciencia» manipuladora está siendo sometida en la actualidad desde fuera de su ámbito profesional y académico y desde la propia actividad profesional autocrítica, ladinamente humilde en unos, lamentablemente cínica en otros, imponentemente lúcida en general. A la opinión de que no es válida la mezcla de argumentos ideológico-políticos y científicos en la polémica actual se opone el convencimiento de que no cabe tal distinción al valorar el papel que en la práctica viene desempeñando la Sociología como argumento «científico» de prestigio al servicio de la definición y control de lo «real». La intensificación del punto de vista ideológico derivada de la conexión inevitable entre teorías sociales y criticismo social, «¿se trata de una visión correcta? ¿En qué medida esa

conexión sigue teniendo un sentido y puede hablarse de una Sociología crítica?».

Algo le duele a José María Maravall cuando trata de responder a estas preguntas por él formuladas, arremetiendo insistentemente contra la Sociología crítica, la crítica de la Sociología y los críticos de la misma; contra «eso tan diluido —dice—, tan amplio y tan confuso que es la Sociología "crítica"». Para el autor, añadirle el adjetivo de «crítica» debería ser una redundancia, ya que considera que es a la Sociología, a secas, a quien corresponde prioritariamente traspasar apariencias ideológicas, ir más allá de la realidad aparentemente natural. Si la posibilidad crítica no corresponde a una zona intermedia o exterior a la Sociología y, por otra parte, el autor acepta que los sociólogos al servir al poder como teóricos o tecnológicos reducen el ámbito de «lo posible» a lo que el poder permita —lo que es menos «diluido» y «confuso»—, ¿cómo sostiene el profesor Maravall desde su contradicción interna la figura del sociólogo, su existencia moral y el papel crítico de la Sociología? Con una abstrusa «Sociología de los posibles», que se enuncia como promesa sin que se nos muestren para nada los procesos histórico-concretos de tamaña posibilidad, aunque se hagan vagas referencias a «los mundos que podrían ser», a las posibilidades de la etapa cultural/tecnológica de la sociedad o se valoren —siempre de un modo abstracto— razones tales como la elaboración académica de «nuevas construcciones teóricas todavía incipientes, la atención a cuestiones relacionadas con la igualdad o la libertad en vez de con el orden, la nueva relación entre Sociología Académica y Marxismo, la crítica al funcionalismo, sin olvidar sus aportaciones». Estamos, pues, ante otro libro más en el que la teoría sociológica de producción nacional se reduce al mero manejo erudito en pura jerga académica importada de nombres y obras de las que se toman teorías y problemas que reflejan muy acusadamente en su enfoque y en su tratamiento la ideología neocapitalista dominante en el propio ámbito de las instituciones que han hecho posible la Sociología, al mar-

gen siempre de la descripción concreta de procesos particulares regionales, como de la dinámica de las tensiones en el mundo, imprescindible hoy al hablar de la estructura de cualquier región social, de la posibilidad de los cambios y de la enunciación de teorías. Esta visión etnocéntrica y academicista hace inútil, por ejemplo, las consideraciones del último capítulo: relativas a «conformismo y sociedad industrial». Sabido es cómo los sociólogos procapitalistas de inspiración anglosajona enarbolan el poder consumístico material como factor inapelable de cohesión y conformismo social en las sociedades industriales avanzadas, dando poco menos que por liquidada la lucha de clases, aunque esta pretensión está claramente montada sobre la explotación de los países pobres y las guerras que de ello se derivan.

El doctor Maravall es profesor de la Universidad de Madrid y ha sido becario en Essex y Oxford; es autor de otros dos libros. «Trabajo y conflicto social» (1967) y «El desarrollo económico y la clase obrera» (1970). ■ F. ALMAZAN.



Avignon: los dos festivales

No sé si fue en Venecia o en Cannes, con ocasión de las primeras y sonadas contestaciones de sus Festivales cinematográficos, donde nació la idea de organizar manifestaciones paralelas a las programadas oficialmente. La contestación adquirió así un sentido más rico y creador que la simple negación. Condenados los festivales por su carácter de «respaldo cultural» de ciertos productos «del sistema», se trataba de ofrecer una programación paralela, en la que no se diera ni la sumisión

(1) José Antonio Gómez Marín, «Bandolerismo, santidad y otros temas españoles». Miguel Castellote, Editor. Madrid, 1972.